

Una invitación a la esperanza

En los tiempos que corren, nuestras vidas transcurren en un país en medio de la guerra, lo que de alguna manera nos convierte en sobrevivientes de todos los días. Lo anterior va incubando en la mentalidad de los ciudadanos sentimientos de desamparo y desesperanza que generan la tendencia a aislarse y a encerrarse sobre sí mismos en la búsqueda de una anhelada protección en medio del conflicto.

Pero, para contrarrestar lo anterior, es necesario resaltar que en Colombia son muchas las personas que están construyendo paz en medio de la guerra. Miremos a nuestro alrededor los millones de colombianos que en medio de dificultades de todo orden inician sus labores de cada día en el campo, la ciudad, las fábricas, las escuelas y en todos aquellos sitios donde la vida acontece, constituyéndose así en verdaderas expresiones de amor por la vida. Pero, que paradoja, las buenas acciones no alcanzan nunca el nivel de divulgación que se merecen, como si existiera un evidente predeterminismo para dar a conocer con lujo de detalles únicamente lo negativo y lo deleznable.

Somos conscientes de que la confrontación actual que desangra a Colombia tiene orígenes muy complejos relacionados con la inequidad, la exclusión política social, la impunidad y la corrupción, entre otros, y que la solución al conflicto tendrá que ver con la atención que se le brinde a estos asuntos, con la participación de todos los integrantes del tejido social que se ha roto.

Pero, mientras los procesos de solución avanzan, no debemos permitir que la desesperanza colectiva se institucionalice en la población. Tenemos que manifestar de la manera más vehemente posible que nuestro compromiso es con la vida en todas sus expresiones y que tenemos el derecho y también el deber de la esperanza. Como bien lo anota Nizarian “en la hora de la adversidad no pierdas la esperanza, pues la lluvia cristalina cae de las nubes negras”.

Si en el entorno inmediato de cada uno de nosotros, no sólo en el interior de la familia, sino también a su alrededor, nos preocupamos por mantener unas relaciones solidarias, equitativas y justas con nuestros semejantes, estamos seguros de que se irá generando

un efecto sumado y progresivo que, aunque imperceptible en sus comienzos, se constituirá más adelante en un baluarte del cambio social que nos llevará a conseguir la anhelada paz.

La dimensión espiritual en los niños: su desarrollo y fortalecimiento

Juan Fernando Gómez Ramírez

Pediatra

Profesor

Departamento de Pediatría y Puericultura

Facultad de Medicina

Universidad de Antioquia

El análisis profundo de la persona humana ha señalado en ella cinco dimensiones fundamentales: física, psíquica, afectiva, social y espiritual. En este artículo se analizará la dimensión espiritual en lo referente a los niños, en los aspectos de su desarrollo y fortalecimiento.

La dimensión espiritual se refiere a aquellos aspectos de la vida humana relacionados con experiencias que trascienden los fenómenos sensoriales. Este aspecto espiritual de la vida puede considerarse como elemento que aglutina los aspectos físico, psicológico y social de la persona; relaciona al individuo con el mundo, le da un significado y sentido a la existencia y establece un puente común entre las personas. Un sabio proverbio chino dice que “nada sienta mejor al cuerpo que el crecimiento del espíritu”.

El camino de la espiritualidad es un descubrimiento del propio yo. Un deseo de encontrarle sentido a la vida y vivirla en profundidad. Aunque la espiritualidad se relaciona frecuentemente con la religión, puede darse perfectamente en el descreído y no darse en el creyente. La espiritualidad no es exclusiva de nadie y no puede ser parcelada. En su sentido verdadero, se halla al margen de las ideologías, sean éstas religiosas o materialistas. Se mueve en la dimensión de las vivencias y no de las creencias ideológicas.

Con la ayuda de las ciencias empíricas, el hombre ha dado muchas vueltas alrededor de sí, pero no ha entrado en sí mismo. Como lo anota Dag Hanmarskjold, “hemos conquistado el universo sideral, pero hemos sido incapaces de conocernos a nosotros mismos”.

Espiritualidad y niñez

La opción de educar espiritualmente a un niño es una tarea fascinante para los padres y los demás puericultores y aunque no existen fórmulas sencillas para el cultivo espiritual, hay algunas orientaciones reflexivas que pueden ayudar mucho en este empeño.

Al igual que el desarrollo cognoscitivo y el sexual, el desarrollo espiritual es un proceso natural que ocurre espontáneamente si el niño encuentra apoyo y circunstancias apropiadas y, por el contrario, cuando este desarrollo se suprime o se obstaculiza, privará al niño de los recursos para el disfrute pleno de su existencia como persona humana.

Así como en el vivir de los padres en el proceso de crianza está la prioridad de atender las necesidades físicas e intelectuales de los niños a medida que avanzan en su proceso de crecimiento y desarrollo, de igual manera es necesario que promuevan en sus hijos el desarrollo y fortalecimiento de la dimensión espiritual.

Es equivocada la actitud de los padres que no ejercen sobre sus hijos ninguna orientación de tipo espiritual o religiosa afirmando que esperarán a que el niño esté en edad de decidirlo por sí mismo. Diferir el acompañamiento moral o espiritual a un hijo dejándolo al azar o a su propia elección “cuando tenga edad” para ello, es considerado por varios autores como altamente inconveniente. Si la orientación espiritual no está presente durante el proceso de crianza incluyendo la fase educativa, el niño cuando la conozca la considerará extraña al proceso y tendrá el concepto de que no es indispensable.

Los padres pueden y deben promover en sus hijos el crecimiento espiritual al igual que se cultiva el crecimiento físico, el emocional, el intelectual y el social. Se debe tener muy en cuenta el pensamiento de Heráclito cuando afirma que “el que conoce lo externo es un erudito, el que se conoce a sí mismo es un sabio”.

El espíritu de un niño es espontáneo y único. Con su inocencia, los niños pueden recordar a los adultos una espiritualidad que es sencilla, directa e increíblemente original. Con su bondad, los niños hacen evocar creencias y valores esenciales. La formación de la dimensión espiritual de un niño se logra por medio de una estrecha comunicación entre los padres y éste, en la que se dan respuesta a muchas preguntas esenciales de la vida.

Actitudes parentales que fomentan la espiritualidad

En concepto de David Heller, los siguientes elementos son fundamentales dentro del proceso de fomento de la espiritualidad en los niños:

- **Crear confianza con el hijo.** El amor y la confianza constituyen los dos elementos fundamentales para la relación entre los padres y los hijos. El niño necesita sentirse lo suficientemente seguro para poder explorar, puesto que la exploración en la niñez se constituye en un elemento fundante de su espiritualidad en el sentido de que cuando los niños empiezan, por ejemplo, a

apreciar la naturaleza, surgen entonces las preguntas sobre quien hizo la luz del sol, por qué llueve, etcétera, escalones importantes en la formación de la dimensión espiritual.

Las semillas de la confianza surgen de la interacción entre los padres y el hijo. Erikson sostiene que la etapa de confianza versus desconfianza constituye la base fundamental de las demás etapas de la niñez. Algo que no es muy conocido es que Erikson también creía que la confianza se relaciona con la fe religiosa, pues la fe es fundamentalmente una confianza en lo que no se puede ver pero se puede creer. De hecho, la confianza es la base sólida sobre la cual la persona se sostiene espiritualmente y la que le permite afrontar con entereza las dificultades y frustraciones normales en el discurrir de la existencia humana.

- **Cultivar la libertad.** La libertad debe ser cualidad característica de un hogar espiritual y debe garantizarle al niño, libre de inhibiciones, expresar ideas, hacer preguntas y manifestar dudas acerca de cuestiones espirituales. Como padres de familia se debe encontrar la justa medida para el ejercicio de la libertad con los hijos. El reto grande está en tratar de no reprimir al hijo, pero tampoco permitirle que vague sin ninguna orientación, cultivando un espíritu de libertad que combine la orientación con la tolerancia, en una relación caracterizada por el diálogo y el respeto mutuo. Nunca se insistirá lo suficiente en que la clave para educar espiritualmente a los hijos está en que los padres sean sensibles a los matices de la personalidad de los hijos y a sus curiosidades y necesidades individuales.
- **Demostrar interés en la vida del hijo.** Para poder crear un clima espiritual en la vida del hijo es necesario invertir tiempo, cariño y aportar una gran dosis de sinceridad por parte de los padres. El ejercicio de una auténtica capacidad de escucha es fundamental, reconociendo al niño como un interlocutor válido de acuerdo con el momento de su desarrollo. Recuérdese con Tagore que “quien ha perdido el niño que hay en sí mismo, es incapaz de educar a los niños de los hombres”.

La significación, entendida como el hecho de sentirse el niño importante para sus padres y las personas que lo rodean, se constituye en un elemento fundamental en su desarrollo como persona, incluyendo en ella la dimensión espiritual.

Reconociendo de manera clara la gran influencia de los padres, es necesario tener en cuenta también otras vivencias en la formación espiritual como las que tienen la educación formal, los amigos, los medios de comunicación y los diversos cultos religiosos. Como muy bien lo describe Herman Hesse, “no sólo me educaron mis padres y mis maestros. Me educaron también potencias más altas, más ocultas y más

misteriosas. Fueron mis maestros, además, los árboles cargados de manzanas, la lluvia y el sol, el río y el bosque, las abejas, los pequeños animales y el dios Pan”.

Relacionado con lo anterior, en un excelente artículo sobre la niñez de los científicos, el escritor Jorge Alberto Naranjo describe cómo los biógrafos llaman la atención alrededor de algunas características que han marcado como un rasgo común la vida de muchos naturalistas notables como Leonardo, Galileo, Newton, Goethe y Einstein entre otros. Una vida poblada de soledades aparece como rasgo común. En muchos de ellos se testimonian niñeces solitarias y difíciles pruebas infantiles como la lejanía o ausencia de alguno de sus padres, de las que salieron victoriosos por medios muy particulares y con marcas espirituales inconfundibles.

Es frecuente encontrar en ellos algunos rasgos comunes de personalidad: la propensión al retiro y al silencio, la capacidad de resistir al prejuicio establecido, la fe en la ley física y un sentido religioso *sui generis*. Su soledad fue casi siempre no buscada y logró convertirse en suelo fértil para su vocación naturalista.

Lo anterior se puede correlacionar con la tendencia que se va abriendo paso hoy entre los puericultores en lo referente a promover y respetar en el niño sus momentos de silencio y contemplación, que se constituirán después en el germen de una sana introspección.

Resiliencia y espiritualidad

Se entiende por resiliencia la capacidad del ser humano para hacer frente a las adversidades de la vida, superarlas e inclusive ser transformado por ellas. Representa en las condiciones actuales en que se debate la sociedad una alternativa importante que ayuda a salir a sus miembros fortalecidos de la severa encrucijada en que se encuentra.

Hay una estrecha relación entre resiliencia y espiritualidad. Como lo anota la investigadora Piedad Puerta, “son numerosas las investigaciones que hablan de cuán determinante resulta en la vida de un ser humano y especialmente en sus motivaciones para actuar y para vivir, tener algo o alguien en quien creer firmemente, que le dé sentido y significado profundo a la lucha y a la existencia misma. Es algo que está estrechamente ligado con la dimensión de trascendencia del ser humano, que abarca la fe desde la perspectiva religiosa y también desde la capacidad para descubrir la belleza que está presente en sí mismo, en los demás, en el medio natural y en la cultura”.

La dedicación a una causa tiene una influencia en la orientación de la vida. Lo que uno se propone ser, cambiará lo que es y lo transformará en una persona totalmente distinta. No es el pasado sino el futuro lo que condiciona, porque lo que uno se propone

Llegar a ser, es lo que determina lo que es. Por lo tanto son importantes las preguntas: ¿a qué me he comprometido?, ¿a dónde voy?, ¿qué me propongo llegar a ser?

Cuándo iniciar la formación espiritual

Nunca es demasiado temprano para comenzar con la educación espiritual del niño, ni siquiera el momento en que respira por primera vez. En algunas culturas aborígenes hay rituales muy tempranos, al igual que en el Islam y otras religiones, que marcan tempranamente el comienzo de la vida espiritual del niño. Es importante tener en cuenta, como lo afirma Dorothy Briggs, que “desde los primeros momentos los niños son sensibles a su entorno, saben si se les levanta con ternura o con los brazos tensos y mucho antes de aprender el lenguaje saben si las voces o las miradas son amistosas o amables, bruscas o indiferentes”.

En la formación espiritual de los niños como en todo el proceso de la crianza, los padres y adultos significativos como modelos, tienen una importancia capital. El ejemplo arrastra y más aun cuando está fundamentado en el ser y en el hacer, más que en el decir. Recuérdese esta profunda afirmación de San Agustín: “Cantemos una nueva canción pero no con nuestros labios sino con nuestras vidas”.

James Dobson afirma que hacia los 4 o 5 años de edad es un buen momento para realizar con los niños unas primeras aproximaciones en torno a la espiritualidad como un sentimiento que nos liga a un ser superior y que nos va aproximando lenta y gradualmente a la noción de trascendencia, fundamental en tantos momentos y etapas del discurrir por la vida.

Los niños entre los 7 y los 9 años son más abstractos en su manera de pensar sobre un ser superior. Ya no interpretan de manera literal lo que dicen sus padres y ya pueden pensar sobre lo que no es visible o evidente. Entre los 10 y los 12 años los niños son mucho más inquisitivos en torno a la temática espiritual. A partir de los trece años de edad y dentro del llamado síndrome de adolescencia normal, son frecuentes las crisis de tipo espiritual y religioso que pueden ir desde el ateísmo más intransigente hasta el misticismo más fervoroso.

Como conclusión, se puede afirmar que todo lo que se haga por fortalecer el desarrollo de la dimensión espiritual de los niños, redundará en una notoria mejoría de la calidad de vida no sólo de los niños sino también de las personas que tienen la inmensa fortuna de convivir con ellos.

Lecturas recomendadas

1. Heller D. *Cómo hablarle a su hijo de Dios*. Bogotá, Norma, 1990.
2. Puerta MP. *El concepto de resiliencia y su activación en la familia*. Funlam, Medellín, 1999.
3. Arbeláez C, Álvarez T. La espiritualidad como fuente de alivio en la fase terminal. *Iatreia* 8 (2): 79-84, 1995.
4. Naranjo JA. El niño y las ciencias naturales. Sobre la niñez de los científicos. *Revista Universidad de Antioquia* 243: 30-35, 1996.